CARTA DÉCIMANOVENA

SUMARIO: En la tierra de los vivientes el corazón vive. — Vida del corazón: amar y ser amado. — Lo que amará el corazón y quién le amará. — Dios. — La Santísima Virgen, los Ángeles, los Santos, nuestros parientes y amigos. — Poder y delicias de este amor. — En la tierra de los vivientes el cuerpo vive. — Cualidades del cuerpo glorioso: impasibilidad, sutileza, agilidad, claridad. — Explicación de las dos primeras cualidades. — Felicidad que de ellas resultará.

QUERIDO AMIGO:

En la tierra de los vivientes el corazón, igual que el espíritu, vive con la plenitud de la vida. Para el corazón vivir es amar y ser amado. Amar lo verdadero, lo bello, lo bueno, a Dios, y todo lo que es digno de Dios; amarle como debe ser amado; amarle y ser amado de Él, sin temor de que se disminuya este amor recíproco: tal es la vida del corazón.

¿Quién será capaz de explicar lo que el hombre hace para satisfacer esta necesidad imperiosa de su ser? Vigilias, sacrificios, trabajos, peligros, privaciones, la vida misma no le parece mucho. ¿Qué digo? Todo le parece dulce a trueque de que le amen. Ofrece su amor a cuanto se le pone delante: al oro, la plata, a sus semejantes, a los mismos animales; y se tiene por dichoso cuando ve que se lo aceptan y que se le devuelve corazón por corazón.

Tan luego como se hayan pisado los umbrales de la ciudad feliz, el corazón se encuentra delante de la verdad viva, de la belleza viva, de la bondad viva, manantial inagotable de toda verdad, de toda belleza y de toda bondad. Al punto se realiza un misterio de placer inefable: el corazón del hombre se pierde en el corazón de Dios, y el corazón de Dios se derrama en el corazón del hombre. Los dos obedecen a esa atracción misteriosa que constituye el encanto de la amistad, y que, aún acá abajo, tiene el poder sobre algunos corazones, que parece que hacen esfuerzos por romper su prisión y saltar para unirse el uno al otro.

En el cielo, esa simpatía será aún mayor y más deleitable. Llegará, digamos así, hasta transformarnos en Dios; de manera que seremos, según la expresión de San Juan, *consumados en*

Él, semejantes a Él[1]. Consumados en el Padre, que es el poder infinito; consumados en el Hijo, que es la sabiduría infinita; consumados en el Espíritu Santo, que es el amor infinito. ¿Concibes tú una dicha, una vida semejante?

No solamente amaremos a Dios y seremos de Él amados, sino que amaremos todo lo que es amable después de Dios, y seremos igualmente amados. Amaremos a la más hermosa, la más dulce, la más amable de todas las criaturas, María, nuestra Madre y nuestra hermana, y ella nos amará con un amor más tierno que el de todas las madres.

Amaremos a los ángeles, los arcángeles y a todos los espíritus bienaventurados, criaturas de maravillosa perfección; y ellos nos amarán con un amor superior a todos los amores, excepto el de la Santísima Virgen.

Amaremos a todos los Santos, Patriarcas, Profetas, Apóstoles, mártires, a todos esos héroes y heroínas de la fe, adornados de todas las gracias y buenas cualidades que pueden cautivar el corazón.

Entre ellos amaremos a nuestros parientes, nuestro padre, nuestra madre, nuestros hermanos, hermanas, amigos, que los reconoceremos

1. Joann., XVII, 23.

a todos; y ellos nos amarán con un amor, del cual la ternura con que aquí abajo nos amaron, no podrá dar la más ligera idea.

Las delicias que resultarán de este amor mutuo alcanzarán una dulzura y una fuerza incalculables.

En este Océano de amor se producirá como un flujo y reflujo, que llevará incesantemente el amor de todos al corazón de cada uno, y el amor de cada uno al corazón de todos. Así, el corazón vivirá con vida elevada a la más alta potencia, vida con todos los goces que la dan valor, con la plena seguridad que constituye el encanto del gozar, y en cuya comparación todas las más felices vidas de acá no son sino misérrima muerte.

La vida del cuerpo no será menos perfecta en su género que la del alma. Para el cuerpo, vivir es obrar a su placer, plenamente, sin obstáculos ni cansancio: tal será, y mucho mejor, la vida del cuerpo en la tierra de los vivientes. Como compañero del alma en el trabajo, e instrumento de sus buenas obras, participará de la recompensa. Reformado según el modelo del cuerpo del segundo Adán, tendrá su admirable perfección. Deja que te hable, querido amigo, de una dicha, tanto mayor, cuanto más ardientemente nosotros la deseamos y menos la conocemos.

Sabes, como yo, y todos los hombres saben como nosotros, que en cuanto al cuerpo no somos más que ruinas. Los padres de nuestra raza, Adán y Eva, eran las criaturas más magníficas del mundo visible. Nosotros estábamos destinados a parecernos a ellos, a ser tan hermosos y magníficos como ellos eran. Cayeron: y nosotros llevamos en nuestro cuerpo, igual que en nuestra alma, las señales del rayo que los hirió, e hiriéndoles los desfiguró. No es sólo eso: la poca vida corporal que nos ha quedado, la vamos perdiendo sin cesar por todos los poros: *Quotidie morimur.*

Pero en la tierra de los vivientes todo será vida: nada ya de muerte, ni total ni parcial; nada de sufrimientos, nada de debilidad, nada de pérdidas, nada de influencias exteriores contrarias al pleno gozar. No hay allí noche, ni tempestades, ni nieves, ni lluvias, ni vientos molestos. Nuestro cuerpo, poseyendo toda su integridad, será dotado de cuatro cualidades, que le proporcionarán, por siempre jamás, la plenitud de la vida: la *impasibilidad,* la *sutileza,* la *agilidad* y la *claridad.*

Esto es de fe. »Esperamos del cielo, dice San Pablo, al Salvador nuestro Señor Jesucristo, que reformará nuestro miserable cuerpo según el modelo de su cuerpo glorioso»[1]. Ahora bien; es

1. Ad Philip., III, 20.

de fe, que después de la resurrección el cuerpo de nuestro Señor era *impasible,* mas no insensible; *sutil,* pero palpable; *ágil y luminoso,* visible e invisible, según su voluntad. Además, nuestro Señor hablaba, comía y hacia uso de todos sus sentidos[1].

Impasibilidad. Tal será, pues, mi querido amigo, la primera cualidad de nuestro cuerpo gloriosamente resucitado. Despojado, durante su estancia en el sepulcro, de todas las imperfecciones y enfermedades, tristes efectos del pecado; vuelto a la vida en la edad del vigor y la hermosura, nuestro cuerpo gozará de eterno placer e inalterable salud.

Pobres enfermos, que compraríais a peso de oro la salud que os falta; mundanos y mundanas, que tan apasionadamente anhelais la hermosura, hasta el punto de que las deformidades corporales os son a veces tan insoportables como la muerte; que tenéis delirio por la hermosura, y para consolaros gustáis de atribuiros algún reflejo de ella; vosotros, en fin, que pasáis tantos cuidados por conservar esa sombra de belleza, y por repararla y por suspender, si posible fuera, los deterioros que produce el

1. Véase Corn, a Lapide, in Luc, XXIX, 39; in 1 Cor., XV, 49.

tiempo... haceos dignos de habitar un dia en la tierra de los vivientes, y con esto tenéis *seguridad* de gozar eternamente de perfecta salud, y de poseer una hermosura superior a todas las hermosuras visibles.

He dicho *seguridad*, porque a más de la prometida semejanza de nuestro cuerpo con el nuevo Adán, la impasibilidad será efecto necesario de la glorificación. En las cosas corruptibles, el principio vital no domina a la materia tan perfectamente que pueda preservarla de todo ataque contrario a su voluntad. Pero después de la resurrección, el alma de los Santos será completamente señora del cuerpo.

Este señorío será inmutable, por cuanto el alma estará inmutablemente bajo el señorío de Dios. Será perfecto, porque el alma misma será perfecta, y, por consiguiente, dotada del poder y voluntad de impedir todo lo que pueda perjudicar al cuerpo. Además, en el cielo la felicidad del hombre ha de ser completa, y no lo sería si el cuerpo permaneciera sujeto al sufrimiento o a cualquier deformidad.

Por lo demás, mi querido amigo, me apresuro a consignar que la impasibilidad no destruirá la sensibilidad. Sin perjuicio de conservar en su integridad la naturaleza de los cuerpos, el poder divino puede quitarles ciertas cua-

lidades. Así, en el horno de Babilonia quitó al fuego la virtud de quemar ciertas cosas, toda vez que los cuerpos de los tres jóvenes hebreos permanecieron intactos; pero le dejó la de quemar otras cosas, y de hecho la leña se quemó.

Lo mismo sucederá con los cuerpos gloriosos. Dios les quitará la pasibilidad y les conservará la sensibilidad. Y si los cuerpos gloriosos no fueran sensibles, la vida de los Santos, después de la resurrección, ni sería la vida en su plenitud, ni aún la vida ordinaria, ni siquiera el sueño, que es la vida a medias, sino que seria una especie de adormecimiento, incompatible con la felicidad completa[1].

Sutil. El cuerpo, antes animal, resucitará glorioso; por consiguiente, sutil. Todos saben que la sutileza es una de las principales cualidades de los espíritus, y que la de los seres espirituales aventaja infinitamente a la de los corporales. Los cuerpos gloriosos, siendo espirituales, serán, pues, muy sutiles. La sutileza de un cuerpo consiste en poder penetrar a través de otro, poco más o menos, como el rayo luminoso penetra el cristal sin descomponerlo ni alterarlo. De ese modo, el nuevo Adán, después de su re-

1. S. Thom., *Sup.*, I, p. 82, art. II.

surrección, entró, estando cerradas las puertas, en la habitación donde los discípulos se encontraban reunidos[1].

Dos causas naturales hacen eso posible: lo tenue del cuerpo que penetra, y la existencia de poros o espacios vacíos entre las partes del cuerpo penetrado. Pero el verdadero principio de la sutileza de los cuerpos gloriosos será su perfecta dependencia del alma glorificada. El primer efecto de esta sumisión será hacer, dentro de los límites de lo posible, que el cuerpo participe de la naturaleza del alma, y, por consiguiente, de las operaciones de la misma. De modo que no habrá obstáculo para las más íntimas comunicaciones de los Santos entre sí y con todas las partes de la tierra de los vivientes[2].

No obstante, los cuerpos gloriosos permanecerán palpables. Reformados, como la fe nos enseña, según el modelo del cuerpo del Verbo resucitado, tendrán sus mismas cualidades. Mas el cuerpo del Verbo resucitado era palpable. «Palpad y ved, decía el buen Maestro a sus discípulos asombrados, palpad y ved: el espíritu no tiene carne y huesos, como veis que yo los ten-

1. Joann., XX, 26.

2. S. Thom., ib., q. 83, art. I.— Eso que se llama *la ciencia* no puede oponer a la sutileza de los cuerpos ninguna objeción sólida, supuesto que ni siquiera sabe lo que es la materia.

go»[1]. Es, además, un artículo de fe, sancionado por la Iglesia en la condenación de Eutiques, Patriarca de Constantinopla, el cual sostenía la impalpabilidad de los cuerpos gloriosos.

Verse descargado, y descargado para siempre, del pesado fardo de la materia; ser joven, y eternamente joven; ser bellos con encantadora belleza, y esto por siempre jamás: tales son las dos primeras cualidades reservadas al cuerpo del hombre en la tierra de los vivientes. Las otras para la carta siguiente.

Tu afectísimo...

2. Luc., XXIV, 39.

CARTA VIGÉSIMA

SUMARIO: Tercera cualidad de los cuerpos gloriosos: la agilidad. En qué consiste. — Dicha que proporciona. — El mundo actual la desea con ardor. — Cuarta cualidad de los cuerpos gloriosos: la claridad. — Pruebas de la claridad de los cuerpos gloriosos. — ¿De dónde provendrá? — Glorificación o vida de todas las criaturas. — Pasaje de San Pablo. — Enseñanzas de Santo Tomás, San Jerónimo, San Agustín y otros Padres. — Luz e incorruptibilidad de las criaturas.

QUERIDO AMIGO:

Cuando el labrador escoge el trigo para sembrar, puede decirse a sí mismo con cierta tristeza: Dentro de poco, estos hermosos granos echados en la tierra se van a deshacer y podrir. Pero la fe que le inspira, pues el sembrar es un acto de fe, le dicta esta respuesta: Dentro de poco, estos granos volverán a aparecer transformados en doradas espigas, que serán mi alegría y mi riqueza. Y siembra con confianza.

Nosotros, querido amigo, somos el trigo de

Dios: *Frumentum Christi sum.* Cuando yo miro mi cuerpo, mis pies y mis manos, me digo tristemente: Mañana, estos miembros, envueltos en tierra, serán pasto de gusanos, objeto de horror, aún para mis parientes más cercanos y más íntimos. Mas yo añado con indecible alegría: Pasado mañana, estos miembros, transformados, serán hermosos con eterna y encantadora hermosura. De este pensamiento nace el deseo de habitar en la tierra de los vivientes. Este deseo, que tú también tienes, se hará más vivo cuando conozcas las demás cualidades de los cuerpos gloriosos.

La agilidad. En los cuerpos gloriosos la agilidad es consecuencia necesaria de la espiritualidad. El alma está unida al cuerpo, no solamente como principio vital, sino como principio motor. Bajo uno y otro aspecto el cuerpo glorificado le estará perfectamente sometido. El alma, como principio vital, le comunicará una cualidad especial: la sutileza; y como principio motor, la extrema facilidad de moverse, que se llama agilidad[1]. En lugar de serle un peso, el cuerpo será para el alma lo que son para el pájaro las alas.

1. S. Thom., *Sup.*, q. 83, art. VIII.

Poder trasladarse sin trabajo alguno, y en un instante imperceptible, de un lugar a otro, diste lo que distare, y regresar con igual prontitud al punto de partida, será deliciosa prerrogativa de los cuerpos gloriosos[1].

He dicho *deliciosa,* porque entre todas las cualidades de los cuerpos la agilidad es la que el mundo actual, obedeciendo a yo no sé qué instinto misterioso, parece buscar con mayor ardor. No quiere distancias; el peso de la materia lo aburre; a toda costa quiere verse libre de ella: pone en prensa el ingenio, y mil prodigios, a cual más sorprendentes, vienen a coronar sus esfuerzos.

El vapor le presta su fuerza incalculable, la electricidad su maravillosa rapidez, las montañas se aplanan delante de él, o bien abren sus costados para darle paso, y en unas pocas horas recorre espacios inmensos. Aspira a dar vuelta al mundo con la rapidez del pensamiento; y los

1. En el cielo, dice el Señor que seremos semejantes a los ángeles. Mas el ángel, añade Santo Tomás, puede trasladarse de extremo a extremo del mundo *sine intervallo temporis intermedio.* Aquí abajo lo hace ya nuestra alma con el pensamiento. En un abrir y cerrar de ojos va de París a Constantinopla, y en otro vuelve. Si no va realmente, es porque el cuerpo se lo impide; obstáculo que desaparecerá en el cielo, donde el cuerpo será espiritual: *corpus spiritale.*

resultados que ha obtenido, y los que acaricia en su mente, le proporcionan increíbles goces. Y todo eso no son más que débiles imágenes de la rapidez con que el alma, libre de todo estorbo, nos transportará de cabo a cabo en la tierra de los vivientes.

Lejos, pues, de ti, querido amigo, el pensamiento de que estaremos en el cielo como estatuas en sus nichos. Nada hay tan ágil como el espíritu: Dios es espíritu eminentemente. Unidos a Dios de la manera más íntima, participaremos de todos sus atributos. Así, el movimiento y la agilidad que conocemos en el mundo, apenas son una sombra de la agilidad y el movimiento que reinarán en la ciudad bienaventurada, donde Dios será todo en todos[1].

La claridad. Depositado innoble el cuerpo, resucitará glorioso, es decir, *luminoso.* Este sentido da el Apóstol a la palabra *glorioso,* supuesto que compara la gloria de los cuerpos a la claridad de las estrellas[2]. Dios, que es la luz increada y la fuente de toda luz, aún de la material, iluminará (esto es poco), hará luminoso todo lo que le está íntimamente unido.

«En la renovación universal, dice Santo To-

1. S. Thom., *Sup.,* q. 83, arts. II y III.
2. 1 Cor., XV, 40.

más, todos los seres serán engrandecidos. Los espíritus inferiores, las almas, adquirirán las propiedades de los espíritus superiores, que son los ángeles. Así lo enseña el mismo Evangelio. *Los hombres,* dice, *serán semejantes a los ángeles.*

»Por igual razón, los cuerpos inferiores adquirirán las propiedades de los cuerpos superiores; y como no pueden tomar de éstos más que la claridad, se sigue necesariamente que serán luminosos. De esta manera todos los elementos serán como revestidos de un manto de luz, no por igual, sino cada cual según su naturaleza»[1].

Esta luz no quitará a los cuerpos su propio color, y de esto tenemos la prueba a la vista. El cristal, por ejemplo, conserva diferentes colores, aunque penetrado íntimamente de la luz. Más todavía: hay en la naturaleza cuerpos opacos, que son luminosos, como la luna, la luciérnaga y otros varios.

Sobre lo cual, un ilustre doctor de la Iglesia hace esta reflexión: «Brillarán los justos como los astros del firmamento. Previendo el Señor la incredulidad de los hombres respecto de este milagro, dio un cuerpo luminoso a algunos

1. *Sup.*, q. 91, art. IV.

gusanillos, para que el espectáculo de lo que vemos nos haga creer lo que esperamos. Con efecto, el que pudo dar el rayo, podrá dar el foco; y el que hace luminoso a un insecto, podrá con más razón dar esta cualidad al hombre justo, a quien tanto ama».

Añadamos que la luz de los cuerpos gloriosos les provendrá de la superabundante que tiene el alma glorificada. Señora absoluta del cuerpo, al que estará unida con la más íntima unión, la penetrará de parte a parte, y la envolverá completamente con su luz. Esta atmósfera luminosa será tanto más brillante cuanto el alma sea más santa, esto es, más próxima a Dios, luz infinita. De este modo, por la claridad del cuerpo se formará juicio de la gloria del alma, como a través del cristal se conoce el color del líquido contenido en el vaso[1].

Impasible, ágil, sutil, luminoso, ha de ser, no por espacio de un dia o de algunos años, que pasan rápidamente, sino por toda la eternidad, el cuerpo de los elegidos, el tuyo, el mio, si tenemos la dicha de contarnos en este número. ¡Oh hombres! ¡Amáis tanto vuestro cuerpo, y no anheláis el cielo!

1. S. Tom., *Sup.*, 1. 85, art. I.

De la glorificación del hombre en su alma y en su cuerpo resultará, como consecuencia necesaria, la glorificación de todos los elementos. La naturaleza física sigue la condición del hombre, que es su señor; fue magnífica mientras el hombre fue inocente; se degradó cuando el hombre se hizo culpable, y recobrará todo el esplendor de la hermosura cuando el hombre sea glorificado.

El cielo será la plena y eterna realización de este voto, que en nombre de toda la creación expresó San Pablo. «Toda criatura, dice el grande Apóstol, espera con impaciencia la manifestación de los hijos de Dios. Pues la creación está sometida a usos vanos, no voluntariamente, sino por voluntad de Aquél que así lo dispuso dándola esperanza de restaurarla; pues restaurada será de la servidumbre de la corrupción a la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Sabemos que todas las criaturas gimen al presente cual si tuvieran dolores de parto. Y no sólo ellas, mas también nosotros, que tenemos las primicias del espíritu... y esperamos la adopción de hijos de Dios y la redención de nuestro cuerpo»[1].

¿Qué significan, amigo mio, esos sufrimien-

1. Rom. VIII, 19-23.

tos, esos suspiros, esas lágrimas de toda la naturaleza? Significan que para las criaturas materiales, igual que para el hombre, la creación no ha llegado a su fin. Significan que la vida presente, si no hubiera otra, seria una amarga ironía. Significan que la creación entera aspira, no a su destrucción, sino a su renovación, y que a su modo dirige a Dios, lo mismo que el hombre, esta petición del *Padre Nuestro: Venga a nos el tu reino.*

Todo ser, dice Santo Tomás, repugna invenciblemente su destrucción. Por tanto, cuando las criaturas desean ardientemente el fin de este mundo, no desean su aniquilamiento, sino su libertad y renovación. De aquí infieren lógicamente los doctores que las criaturas no serán destruidas, sino purificadas por el fuego del fin del mundo, al modo que el oro no se destruye al pasar por el crisol, sino que se purifica y abrillanta.

El razonamiento de los Padres y los teólogos se funda en las más sólidas razones, y tiene además en su apoyo la Escritura, la cual en ninguna parte deja entender que Dios haya de aniquilar ninguna de sus obras. Dice, por el contrario, que todas, sin excepción, subsistirán *perpetuamente, eternamente, por los siglos de los siglos; que es una ley, y que esta ley no será jamás anulada ni violada.*

Hablando en especial del destino reservado a los cielos y a la tierra en el día postrero, se expresa de este modo: «He aquí he creado nuevos cielos y nueva tierra... Y vi el cielo nuevo y la nueva tierra». Sobre lo cual San Jerónimo hace esta observación: «La Escritura no dice *otros* cielos, *otra* tierra, sino *nuevos* cielos y *nueva* tierra, para significar el mejoramiento de los antiguos».

San Agustín es todavía más explícito. «El fuego que abrasará al mundo el último día, dice el gran doctor, cambiará las cualidades de los elementos corruptibles; y lo que era conveniente a nuestros cuerpos, sujetos a corrupción, será reemplazado por otras cualidades, que les corresponderán trocados que sean en incorruptibles; de modo que el mundo, así renovado, se encontrará en armonía con la naturaleza de los cuerpos resucitados.. Por mudanza pasará este mundo, mas no perecerá totalmente. Pasará la figura, no la naturaleza»[1].

Lo mismo nos enseñan San Gregorio, San Epifanio, Proclo, Metodio, Ecumenio y Santo Tomás. «Cuando la Escritura, dice el primero, habla de nuevos cielos y nueva tierra, no quiere decir que Dios los creará nuevos, sino que

1. De *civit. Dei,* lib. XX, caps. XVI y XIX.

renovará los antiguos». Y el último: «Al modo que nosotros hacemos pasar por el fuego los metales sin ánimo de destruirlos, así Dios abrasará el mundo, mas no lo destruirá»[1].

La glorificación futura de toda la naturaleza es cierta; mas tú me preguntas en qué ha de consistir. Permíteme que te responda por la boca de uno de nuestros ilustres maestros: «La creación sufre cruelmente, dice San Crisóstomo, y espera con impaciencia los bienes que nos han sido prometidos... Por ti la naturaleza se hizo corruptible; mas no la hiciste perjuicio, pues por ti se hará de nuevo incorruptible. Será libertada, y participará de la hermosura de tu cuerpo.

»Al modo que hecho tú corruptible, también ella se corrompió; así, cuando te hayas tornado incorruptible, ella igualmente lo será. Como la nodriza de regio infante, cuando éste sube al trono, participa ella de su gloria y de su dicha, así pasará con la naturaleza»[2].

La glorificación, pues, de la naturaleza consistirá en participar de la gloria del hombre y de su incorruptibilidad. En la tierra de los vivientes el cuerpo del hombre será luminoso, y la naturaleza será también luminosa. En efecto,

1. In II Petri, III.
2. In Epist. ad Rom., Homil. XIV, n. 4.

los elementos del cuerpo del hombre serán luminosos; y como son tomados de los tres reinos de la naturaleza, el mineral, el vegetal y el animal, la condición del todo, a no incurrir en una anomalía que repugna, seguirá la condición de las partes, y toda la creación material se tornará luminosa. Así discurre Santo Tomás[1].

Además, el mismo Dios nos ha revelado que la luna será como la luz del sol, y que la luz del sol será siete veces mayor que ahora. Todo el firmamento será renovado como el sol y la luna, que son ahora su más noble porción; y eso no puede ser sino adquiriendo mayor claridad, que es en lo que consiste principalmente su belleza. La misma tierra y los demás elementos materiales participan de la claridad del cielo. He aquí la razón.

«Así como existe un orden jerárquico, continúa Santo Tomás, entre los espíritus superiores y los inferiores, lo hay también entre los cuerpos celestes y los terrestres. Mas en la renovación universal las almas humanas adquirirán las propiedades de los ángeles. Por la misma razón los cuerpos superiores. Y como no pueden tomar de ellos más que la claridad, síguese necesariamente que serán luminosos.

1. *Suppl.*, q. 91, art. IV.

»Además, la renovación del mundo tendrá por fin el poner al hombre en estado de descubrir por medio de los sentidos en las criaturas corporales, los indicios manifiestos de la divinidad; y de todos nuestros sentidos, el más sutil y penetrante es la vista. Por consiguiente, cuanto a las cualidades *visivas,* cuyo principio es la luz, los cuerpos inferiores tienen que mejorar de condición. De donde resulta que todos los elementos serán revestidos como de un manto de luz, no de igual brillo para todos, sino conforme a la naturaleza de cada cuerpo. Y así se dice que la tierra hasta cierta profundidad será transparente como el vidrio, el agua como el cristal, el aire como el cielo, el fuego como las antorchas del firmamento»[1].

De esta gloria indecible participarán las plantas, los árboles y todos los seres conservados por la sabiduría infinita para dicha del hombre. «Por esto, dice un sabio comentador, el río del Paraíso, los árboles y los frutos de que se habla en la Escritura pueden tomarse a la letra. ¿Y por qué no? Si en el Paraíso terrenal gozó Adán de todos estos bienes, con más razón los bienaventurados podrán tenerlos en el Paraíso celestial,

1. *Suppl.,* q. 91, art. IV.

pues primero no fue más que una muestra e imagen del segundo»[1].

A estos razonamientos se agrega un hecho, cuya autenticidad no ha sido nunca desmentida. El año 304, en lo más recio de la persecución de Diocleciano, una virgen cristiana, llamada Dorotea, fue llevada al tribunal de Sapricio, gobernador de Cesárea, de Capadocia. Era el 6 de Enero: hacía mucho frío y la tierra estaba cubierta de nieve.

Habiéndose negado a ofrecer incienso a los ídolos, la esposa del Señor fue puesta en el caballete. Tranquila en medio de los tormentos, dijo al juez: «Date prisa de hacer lo que deseas, para que los suplicios sean el camino que me lleva a mi Esposo. Yo le amo, y a ti no te temo: antes deseo los tormentos; mi Esposo me llama. Por medio de estos sufrimientos, cortos y ligeros, vamos al paraíso de las delicias, donde hay manzanas de maravillosa hermosura, rosas, azucenas y flores innumerables que nunca se marchitan, fuentes de agua viva que jamás se agotan, de todo lo cual gozan felizmente los Santos, llenos de alegría en Cristo».

Al oír esto, el asesor del juez, un literato, un

1. Cornel. a Lap., *in Apoc.*, XXII, 2.

Renan de entonces, llamado Teófilo, se dirige a la Santa y la dice en son de burla: «Envíame algunas de esas manzanas del jardín de tu esposo cuando llegues allá». —«Lo haré», respondió la joven mártir. (No olvides, amigo mío, que era lo más crudo del invierno). El verdugo se apodera de la víctima y al corta la cabeza.

Teófilo se había retirado a su casa, y complaciéndose en su chiste lo contaba a sus amigos, riéndose todos a carcajadas de los estúpidos cristianos.

De repente, se le aparece un niño de sorprendente hermosura, que en los pliegues de su vestido llevaba tres magníficas manzanas y tres rosas incomparablemente hermosas y frescas. «Aquí tienes, le dijo a Teófilo, lo que la santa virgen Dorotea ha prometido enviarte del Paraíso de su Esposo».

Teófilo, estupefacto, recibe en sus manos las rosas y las manzanas, y exclama: «¡Verdaderamente Cristo es Dios, y Dios que no engaña!».

Con hacer esta profesión de fe, pronunció Teófilo su sentencia de muerte. Denunciado como cristiano, es aprisionado, y conducido al suplicio, se trueca en el mártir San Teófilo. Y como nunca un hombre se ha dejado cortar la cabeza por una apariencia simbólica, resulta que

aquellas manzanas y rosas eran realmente rosas y manzanas[1].

¿Cómo gozaremos de los nuevos cielos y la nueva tierra? Éste será el asunto de mis dos últimas cartas.

Tu afectísimo...

1. Véase a Baronio, año 304, n. 69.

CARTA VIGÉSIMAPRIMERA

SUMARIO: El hombre en el cielo, en cuerpo y alma. — Satisfacción general de todo su ser. — Goces particulares de cada sentido. — Placer de la vista. — Bellezas de la tierra de los vivientes. — Idem de sus habitantes. — Nuestro Señor. — La Santísima Virgen. — Los ángeles. — Los Santos. — La naturaleza. Autoridades de Padres y doctores.

QUERIDO AMIGO:

Debo responder a la pregunta con que di fin a mi anterior carta. Mas ¿cómo decir los goces que están reservados al hombre en la tierra de los vivientes? A juicio de San Pablo, que los había visto con sus ojos, son indescriptibles. Veamos, no obstante, si podemos tartamudear alguna cosa.

Te he hablado ya de los goces del alma; réstanos explicar los del cuerpo. En el cielo, nuestros cinco sentidos vivirán con la plenitud de la

vida; cada uno de ellos, por consiguiente, gozará de las satisfacciones que le son propias. Tú lo comprendes muy bien. Por una parte, después de la resurrección, el hombre estará en el cielo, no mutilado ni aminorado, sino íntegro y perfeccionado en todo su ser. Por otra, los sentidos, igual que el espíritu y el corazón, no estarán solamente en potencia, sino en acto; y la razón es, que una facultad en acto es más perfecta que no en potencia, y que, como todos los sentidos del cuerpo han sido instrumentos del alma, serán recompensados según los méritos de la misma.

Veamos ahora, querido amigo, si de nuestro estado actual podemos sacar alguna idea de esta incomprensible felicidad. Para cada uno de los sentidos experimenta el hombre deseos que acá abajo nada puede satisfacer, y así son para él un tormento. Menester sería escribir la historia del humano linaje, desde la primera página hasta la última, si se hubiera de referir lo que el hombre ha hecho por dar contento a sus sentidos.

¡Cuántas vidas consumidas, qué ríos de lágrimas derramadas, qué crímenes cometidos, qué montones de oro sacrificados a trueque de comprar el placer de la vista, del oído, del olfato, del gusto y del tacto! Pues este placer, que con nada se puede comprar ni vender en el mun-

do, lo tendremos en el cielo. Digo mal: el cielo es ese mismo placer, elevado a su perfección, sin mezcla de imperfección ni vicisitud.

Primeramente, *placer de la visa*. La tierra de los vivientes es la tierra de la hermosura y de la luz. Todo es en ella hermoso con hermosura perfecta. Todo es en ella lúcido, y con luz tal, que el ojo de sus felices moradores, si no estuviera dotado de inmensa potencia visiva, no podría, ni siquiera un instante, sostener su resplandor. Verá el ojo, no sólo sin cansancio, mas con indecible placer, esa bendita tierra de los vivientes, inundada de luz, y que el discípulo amado ha procurado dejarnos descrita en estos términos:

«El ángel me transportó a un monte grande y alto, y me mostró la ciudad santa de Jerusalén, que descendía del cielo, de la presencia de Dios. Y estaba iluminada de la claridad de Dios; y la luz de ella era semejante a una piedra preciosa de jaspe, a manera de cristal. Y tenía un muro grande y alto con doce puertas, y en las puertas doce ángeles... Y el material del muro era de piedra de jaspe; mas la ciudad era oro puro, semejante a un cristal limpio»[1].

¡Gran Apóstol, bendito seas! Al oírte contar

1. Apoc., XXI, 10,18.

eso, nace en el corazón un vivo deseo de habitar en esa ciudad venturosa. Sin embargo, las bellezas que describes son nada comparadas con la realidad. Solamente por acomodarse a nuestras menguadas inteligencias, el Dios que te inspira habla de oro y de piedras preciosas, porque aquí en el mundo no conocemos nada más brillante y hermoso.

He ahí, pues, al hijo de Dios, al heredero de su Padre, al coheredero de su hermano mayor, que es Jesús, llegando a las fronteras de la tierra de los vivientes. En un abrir de ojos la ve toda, y sabe que esta tierra es suya, y que será su morada por toda la eternidad, ¡Qué espectáculo y qué emociones! Si al ver la magnificencia de Salomón quedó tan sorprendida la reina de Saba, que perdió la respiración; en presencia de las deslumbradoras maravillas de la tierra de los vivientes, morada del verdadero Salomón, se moriría el justo instantáneamente si todo su ser, fortalecido por el divino poder, no estuviera en armonía con este inmenso peso de gloria.

En medio del Océano de luz y de hermosura que encanta sus miradas, aparece una hermosura superior a todas, y que le deja asombrado: es la santa humanidad de nuestro Señor Jesucristo. Delante de sí tiene al más hermoso entre

los hijos de los hombres, al tipo de la hermosura, según el cual fue modelado Adán, obra maestra de la creación visible, y nosotros hemos de ser reformados. Le verá y le verá SIEMPRE. Se aproximará a él, y se pondrá junto a su trono, y hablará con él familiarmente, como un hermano habla con su hermano.

Junto al nuevo Adán está la nueva Eva, cuya hermosura eclipsa a la hermosura de todas las vírgenes y las gracias de todas las mujeres que ha habido y habrá en el mundo. La verá, estará cerca de ella, y la hablará familiarmente, como un hijo habla con su madre.

Alrededor del rey y la reina de la espléndida ciudad, formados en hermoso orden, radiantes de luz, brillando con bellezas incomparables, están los coros evangélicos, afables y fraternalmente benévolos para él. Los verá, se juntará con ellos, y conversará familiarmente, como un amigo conversa con sus amigos. Para que la satisfacción de la vista sea completa, se cree, mi querido Federico, que los ángeles tomarán cuerpos aéreos, como lo han hecho muchas veces. Esta forma sensible, cuya maravillosa hermosura no se puede describir, permitirá a nuestros ojos gozar de los encantos incomprensibles de esas sublimes inteligencias, que son, después de María Santísima, las más bellas criaturas que

la omnipotencia del Criador ha sacado de la nada[1].

Con los ángeles, el Santo se verá a sí mismo en su propia carne. Pero ¡qué diferencia! No habrá ya en su cuerpo debilidad orgánica, ni deformidad alguna, ni enfermedades, ni belleza imperfecta, sino todas las gracias de la juventud, con toda la robustez de la edad madura. Reformado su cuerpo con arreglo al modelo del de Jesús, será tan bello y lúcido, que el mismo sol no le llevará ventaja en brillo y hermosura: ésta es la verdad.

Tú sabes que el cuerpo del Salvador le pareció un día a San Pablo más brillante que el sol de medio día. ¿Y no anunció el mismo Señor que *los justos brillarán como el sol en el reino de su Padre?*[2]. ¡Qué alegría cuando un elegido, que aquí fue un pastor o un pobre obrero, vea sus pies, sus manos y todos sus miembros tan brillantes que en ninguna parte necesite de luz artificial ni natural para alumbrarse!

Mas no sólo ha de tener la satisfacción de ver su cuerpo tan radiante de gloria; verá, igualmen-

1. Acaso con el mismo fin de que sea completa la dicha del hombre, el Padre y el Espíritu Santo se dignarán también, a lo menos alguna vez, mostrarse a sus amadísimos hijos bajo alguna forma sensible. (Véase a Corn. a Lapide *in Isai.*, XXXIV, 14).

2. Matt., XIII, 43.

te, el de todos los elegidos, inmensa reunión de reyes y reinas de todas las naciones, tribus y lenguas, que en oleaje ondulante llenan la extensión incalculable de la tierra de los vivientes.

Si, pues, al salir el sol llena de regocijo a toda la naturaleza, ¿qué júbilo no causará a cada uno de los bienaventurados la vista de todos esos soles vivientes? Entre todos ellos, querido amigo, distinguiremos a nuestros parientes y amigos, y a todos los que en el mundo habremos amado o les habremos auxiliado, o de quien habremos recibido auxilio para sobrellevar santamente la pesada carga de la vida. Sí, los veremos y estaremos con ellos para no separarnos jamás. Con ellos trataremos cordialmente; ¿y cuántas cosas no tendremos que referirnos unos a otros?

Fuera de eso, en esta tierra de los vivientes no habrá más que ángeles y Santos. Allí toda la naturaleza estará llena de vida, incorruptible y radiante de hermosura. Te lo he dicho, en conformidad con San Pablo y con los Santos Padres, y ahora te lo repito: la creación material no será aniquilada, sino perfeccionada[1]. Así, nada nos obliga a tomar en sentido figurado lo que la divina Escritura dice acerca de placeres

1. Medit., cap. XXV.

sensibles reservados a los bienaventurados. Por eso, los ríos del Paraíso, los árboles, flores y frutos de que se ha hablado, pueden tomarse a la letra.

Así lo enseñan expresamente los más sabios doctores. «En la tierra de los vivientes, dice San Agustín, las rosas, siempre en flor, hacen una primavera eterna. La blancura de la azucena y el carmín del azafrán esmaltan el verdor de los prados. El bálsamo derrama allí sus perfumes, y de árboles siempre floridos penden frutos incesantemente renovados, que siempre se comen, siempre se apetecen»[1].

Y añade San Anselmo: «La tierra que tuvo en su seno el cuerpo del Señor será toda como un paraíso. Y por haber sido regada con la sangre de los Santos, será eternamente adornada de flores olorosas, de rosas y violetas, que nunca se marchiten»[2].

A estas autoridades podría añadirse la de gran número de teólogos sapientísimos, los cuales afirman sin vacilar, que después del día del Juicio y de la purificación del mundo por el fuego, la tierra reaparecerá brillantemente adorna-

2. «Resurrexit in Christo mundus, resurrexit eo coelum, resurrexit in eo terra. Erit enim coelum novum et terra nova». (S. Amb., *Lib. de Resurre.*)

2. *In Elucid.*

da de flores y piedras preciosas, árboles, fuentes y otros adornos, para delicia de los Santos[1].

La vista, pues, quedará plenamente satisfecha en la tierra de los vivientes. Por el deseo que acá nos devora de ver las hermosuras criadas, forma juicio, amigo mío, del inmenso placer que nos causará la vista de tantas bellezas, por todo extremo sorprendentes.

¡Qué largos viajes, molestos y dispendiosos, no se emprenden para ver cualquier sitio pintoresco, alguna ciudad célebre, alguna montaña muy elevada, o cualquier maravilla del arte! ¡Cuánto dinero no se gasta en dar una fiesta pomposa, un espectáculo brillante, en que se procura a toda costa reunir cuanto pueda halagar a los sentidos! El cielo nos proporciona todo esto, y mil veces más que todo esto, ¡y nosotros no anhelamos el cielo!

Mas yo no quiero dejarte encerrado en este humillante *nosotros*; sólo las almas pequeñas tienen pequeños deseos. Hasta la otra.

Tu afectísimo...

1. Véase Corn. a Lap. in II Petr., III, 13.

CARTA VIGÉSIMASEGUNDA

SUMARIO: Placer del oído. — Voces y palabras que oiremos en el cielo. — Cantos. — El canto de los ángeles, de los Santos, de las virgenes. — Placer del olfato. — Del gusto. — Del tacto. — Son indecibles. — Resumen. — Conclusión.

QUERIDO AMIGO:

Detrás de la vista, el más noble de los sentidos es el oído. Por seguir, pues, el debido orden, debo hablarte ahora del *placer del oído*. El sonido de una voz dulce, los cantos armoniosos, los acordes de una buena música, tan pronto triste, como grave o alegre, cada una de cuyas notas conmueve una fibra del alma, han apasionado a todos los pueblos y los apasionan hoy día. ¿Podremos ver en este hecho universal una aspiración del género humano al cielo? Tentado me siento a creerlo así. Muéveme a ello la razón de que todos los deseos del hombre, durante su peregrinación, encuentran su complemento en la tierra de los vivientes, y sólo en ella.

Sea de esto lo que fuere, es indudable que los cuerpos de los Santos tendrán los órganos necesarios para oír y para hablar. Todos los Apóstoles, con gran número de discípulos, vieron al Salvador y hablaron con él después de la resurrección, y él respondía a las preguntas que le hacían. De modo que en el cielo oiremos la voz del Señor, la voz del Hijo mismo de Dios, la voz del que dijo: *Mis delicias son estar con los hijos de los hombres.*

¡Oír con nuestros oídos la voz de un Dios! ¡Qué inefable felicidad! ¡Y qué interés tan grande tendrá su palabra, cuando Aquél por quien todo ha sido hecho nos cuente la creación del mundo, y el modo cómo se llevó a cabo, y el fin por qué lo hizo; cuando nos descubra la causa y el fin de las revoluciones del globo, la armonía de los seres y las leyes admirables de su gobierno!

Oiremos la voz de la Santísima Virgen. ¡Oír la voz de la Santísima Virgen! Con sólo pensarlo, el corazón se derrite de gozo y el alma se transporta de alegría. Y con razón; que ni hay voz humana, ni música, ni armonía, ni melodía, que puedan dar idea del encanto de aquella voz, más que angélica.

¡Y cómo quedaremos suspendidos de la palabra de la Virgen cuando nos refiera, con los

más íntimos detalles, los misterios de la Encarnación y de la Santa Infancia; cuando nos describa el viaje de Nazareth a Belén, y la bendita gruta, y la adoración de los pastores, y la huida a Egipto, y cómo estuvieron allí, y el regreso a la Judea, y la vida de su divino Hijo en el taller de San José!

Oiremos la voz de todos los Santos y Santas de todos los países y de todos los siglos. Oiremos hablar a Adán y a Eva, nuestros primeros padres, y entonces sabrás lo que era la voz humana antes del pecado. ¡Con que interés los escucharemos contar su felicidad primitiva, lo que podían, lo hermosos que eran en el estado de la inocencia, y las maravillas todas del Paraíso terrenal!

Oiremos hablar a Noé, el segundo padre de nuestra raza. ¿Qué pasará por nosotros cuando nos describa, por haberlas visto, las grandes escenas del diluvio, su estancia en el arca, su vuelta a tierra, y las bendiciones de que le colmó a él, y en su persona a todo el linaje humano?

Oiremos hablar a Abraham, el padre de los creyentes. ¡Cómo palpitará nuestro corazón con el relato detallado del sacrificio de Isaac! Oiremos a todos los Patriarcas hablar de sus peregrinaciones a países extranjeros, Joseph nos explicará su poderío; Moisés la libertad de Is-

rael, el paso del Mar Rojo y todas las maravillosas circunstancias del viaje por el desierto. ¡Qué encantadoras no serán estas relaciones, hechas por testigos oculares!

Oiremos hablar a David, Isaías, Judith, Esther; Santa Ana, la bendita madre de la Virgen; Santa Isabel, madre del Bautista; los Reyes Magos, Lázaro, Marta, María Magdalena y demás amigos del Salvador; San Pedro, príncipe de los Apóstoles; San Pablo, el predicador del mundo entero; San Juan, el discípulo amado; San Antonio, el portento del desierto, que nos dirá los combates gigantescos y las maravillas de la Tebaida; San Agustín, príncipe de los filósofos; San Crisóstomo, dechado de oradores.

¿Qué más diré? Oiremos a los mártires, refiriéndonos lo que, a pesar de nuestros estudios, no sabemos: lo que era el mundo pagano, su corrupción profunda, su colosal poderío, su odio diabólico, su crueldad sin nombre, y luego sus propios tormentos, variados hasta lo infinito, sus combates en los anfiteatros con los leones y los tigres, seguidos de sus triunfos gloriosísimos.

En fin, oiremos hablar a nuestro padre, a nuestra madre, a nuestros amigos, a todos los Santos y Santas, convertidos en nuestros hermanos y hermanas, con los cuales no tendremos más que un corazón y una alma, y para quienes

nuestra palabra tendrá el mismo encanto que la suya para nosotros.

No parará en eso el placer del oído: en el cielo habrá cantos.

El canto de los ángeles. «Y los serafines, dice Isaías, cantaban alternativamente: Santo, Santo, Santo es el Señor Dios de los ejércitos; llena está la tierra de su gloria». Y San Juan: «Oí la voz de una muchedumbre de ángeles que decían: Digno es el cordero que ha sido inmolado de recibir el imperio, y gloria y bendición».

¿Quién dirá, amigo mío, la belleza de los cantos angélicos? Ocasión es de repetir con San Pablo: «La oreja del hombre no ha oído jamás cosa semejante». *Nec auris audivit*. Y como todo lo de los ángeles es inmensamente superior a lo nuestro, debemos concluir que las más bellas voces humanas, en comparación de las angélicas, no son más que campanas rotas.

El canto de los Santos. Completaré el texto de San Juan: «Y vi, dice, y oí la voz de una muchedumbre de ángeles alrededor del trono, y de los animales[1], y de los ancianos, y su número era millares de millares. Y decían en alta voz: Al que está sentado en el trono y al corde-

1. Los serafines.

ro, bendición y honor, y gloria y poder, por los siglos de los siglos»[1].

A las voces han de añadirse los instrumentos de música, de potencia y dulzura incomprensibles[1]. Figúrate tú, si puedes, la impresión que producirán esos conciertos inmensos, siempre antiguos y siempre nuevos, tanto más asombrosos, cuanto más afinados serán los instrumentos, más hábiles los artistas, más dulces y numerosas las voces, más delicados los oídos que los escuchan, más perfectamente sonoros los lugares en que resuenen, y más digno y más amado Aquél en cuyo honor se entonarán. Habiendo oído San Francisco de Asís, durante algunos minutos, el sonido de un laúd tocado por un ángel, quedó tan sorprendido que se creía en otro mundo.

¿Cuál será el asunto de esos cantares? Las maravillas inagotables del mundo de la naturaleza y del de la gracia, conviene a saber, todo lo que se pueda imaginar de más capaz de elevar el entusiasmo hasta el delirio. «Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos.» Tal es el tema que se reproducirá sin cesar con variaciones infinitas y siempre con nuevos encantos.

1. Apoc., V, 11.
2. Ib., XIV, 1-4.<p11<l120

Santo y tres veces Santo en la Creación; es decir, poderoso y tres veces poderoso, sabio y tres veces sabio, bueno y tres veces bueno, admirable y tres veces admirable en la creación del cielo, en la creación de la tierra, en la creación de los astros, en la creación de los animales, aves, peces, árboles y plantas, en la creación de los ángeles y del hombre.

El conocimiento íntimo de cada una de estas obras maravillosas dejará a los Santos como anegados en un Océano de admiración y de amor, que darán a sus cantos la expresión de indefinible placer.

Santo y tres veces santo en la redención, es decir, poderoso y tres veces poderoso, sabio y tres veces sabio, bueno y tres veces bueno, admirable y tres veces admirable en la redención del hombre y del mundo, en su descendimiento a la tierra, en el seno de su Madre, en la gruta del nacimiento, en su infancia, en su trabajo, en su doctrina, en sus milagros, en sus padecimientos, en su muerte, en su resurrección y en su ascensión triunfante.

Santo y tres veces Santo en la santificación; es decir, poderoso y tres veces poderoso, sabio y tres veces sabio, bueno y tres veces bueno, admirable y tres veces admirable en la santificación del hombre y del mundo, en la funda-

ción milagrosa de la Iglesia, en su perpetuidad en la institución de los Sacramentos, en el valor de los mártires, en la santidad de los confesores y las vírgenes, en las obras de caridad, tan multiplicadas como las necesidades espirituales y corporales del hombre.

El conocimiento íntimo de cada uno de estos prodigios dejará nuevamente a los Santos como anegados en un Océano de admiración y amor, que darán a sus cantos la expresión de indecible placer.

El estribillo de esos cantos sublimes y arrebatadores, no menos sublime y arrebatador que los cantos mismos, será la palabra que nosotros balbucimos en el mundo los días de grandes alegrías, sin conocer su aire y su poesía: el eterno ALLELUIA[1].

El canto de las vírgenes.A más de los dos cantos en que tomarán parte todos los elegidos, las vírgenes tendrán uno reservado sólo a ellas. El más bello ornamento de la corte celestial, las admirables vírgenes, que hasta el mismo mundo se ve precisado a respetar, acompañarán por doquiera al Cordero divino; y con un himno especial, que los ángeles y los Santos oirán sin

1. Apoc., XIX, 3-6.

poderlo repetir, atestiguarán a su divino Esposo su amor y su gratitud.

«Y vi, y he aquí el Cordero, de pie sobre la montaña de Sión, y con él ciento cuarenta y cuatro mil[1], que tenían su nombre y el nombre de su Padre escritos en la frente. Y oí una voz del cielo, semejante al ruido de muchas aguas, y como la voz de un gran trueno. Y la voz que oí era como el sonido de los tañedores de arpa tañendo sus arpas.

»Y cantaban como un cántico nuevo delante del trono y delante de los cuatro animales[2] y de los ancianos; y nadie podía cantar aquel cántico más que los ciento cuarenta y cuatro mil que fueron rescatados de la tierra; éstos son los que no se contaminaron con mujeres porque son vírgenes, y siguen al Cordero por doquiera que va»[3].

Este canto de las vírgenes, poderoso cual la voz de los grandes truenos o ruidosas cataratas, y dulce como el sonido de una arpa, vosotras solas, oh vírgenes bienaventuradas, podréis cantarlo: nosotros lo oiremos sin poderlo repetir, y sin teneros envidia.

Placer del olfato. En la tierra de los vivien-

1. Número que significa una muchedumbre innumerable.
2. Cuatro serafines, primeros príncipes de la corte celestial.
3. Apoc., XIV, 1-4.

tes el olfato, como todos los demás sentidos, tendrá su satisfacción propia, es decir, vivirá con la plenitud de la vida. Pero su vida es sentir el olor. No podemos dudarlo: el cielo será una región embalsamada de los más deliciosos perfumes.

En mis cartas sobre EL AGUA BENDITA te cité, mi querido Federico, gran número de Santos, que después de muertos despedían un olor tan agradable que jamás persona alguna lo había sentido semejante. Hubiera podido citarte una infinidad de otros. Ese perfume celestial lo exhalan todavía muchos hoy mismo tras largos siglos de sepultura; tales son, por no citar más que dos ejemplos, Santa Teresa en España y Santa Margarita de Cortona en Italia. Si los cuerpos cuyas almas gozan solas de la gloria exhalan olor exquisito aún en sus sepulcros, ¿qué será en el cielo, donde estarán vivos y gloriosos?

Placer del gusto. Lo que acabo de decir del olfato, debe decirse también del gusto. En el cielo, el hombre no estará más privado del gusto que de los otros sentidos. Aún se puede añadir que el placer de este sentido será tanto mayor, cuanto el gusto es el instrumento, o digamos, el sujeto más ordinario de las mortificaciones más penosas.

En tanto que los otros sentidos tendrán su

satisfacción propia en recompensa de sus privaciones, ¿el gusto, aniquilado o paralizado, no tendrá ninguna? Semejante suposición es igualmente contraria a la razón y a la fe. A la razón; dado que hemos de resucitar, esto nos dice que el hombre gozará en el cielo de toda la integridad de su ser, y que todos sus sentidos estarán en acto. A la fe: la cual nos enseña que en la tierra de los vivientes todo será vida, y vida en su plenitud[1].

Por lo demás, ya has oído a San Agustín afirmar el placer del gusto en el cielo. Otro gran doctor, San Anselmo, lo enseña con igual seguridad. «La vista, dice, el oído, el olfato, el gusto, el tacto, todos los sentidos de los bienaventurados, gozarán de placeres admirables».

En apoyo de este tan explícito testimonio podría yo presentarte una larga lista de sabios autores, como San Lorenzo Justiniano, San Gregorio, Escoto y otros muchos, que podrás ver, si gustas, en el eminente teólogo Suárez[2].

Cornelio Alapide los resume en estos términos: «Todos los sentidos de los bienaventurados tendrán sus goces propios, sus delicias admirables, que ni el ojo vio, ni el oído escuchó»[3].

1. Véase Corn. a Lap. *in Matt.*, V, 4.
2. III Par., tomo II, disput. 47, sec. ult.
2. In Apoc., XX, 2.

Pero me preguntas que cuál será el placer del gusto. Y yo te pregunto que en qué consistirá el del olfato, del oído o de la vista. Si tu respuesta es segura, la mía no puede ser dudosa. ¿Se comerá, pues, en el cielo? ¿Por qué no? Modelo de los bienaventurados en la tierra de los vivientes, nuestro Señor, después de su resurrección, comió varias veces con sus Apóstoles. Cierto es que el buen Maestro lo hizo con el fin de probar la realidad de su cuerpo adorable; mas que lo hiciera únicamente por esto, está por averiguar. En todo caso, su conducta prueba que la manducación no es incompatible con el estado de los cuerpos gloriosos.

Por otra parte, el cielo se nos anuncia frecuentemente como un festín de bodas, y la Escritura nos habla de comidas y bebidas que harán las delicias de los elegidos. Nada nos obliga a tomar estos placeres del gusto en sentido figurado, más que los del olfato y el oído, ni los árboles, flores y frutos, cuya realidad no se desmiente.

Sin embargo, no vaya nadie a figurarse que en el cielo habrá carnicerías y carniceros, cocineros y cocinas: estas groseras y laboriosas preparaciones del alimento habrán acabado para siempre. Por una parte, la muerte habrá desaparecido de la tierra de los vivientes; por otra,